

mirablemente todos sus elementos, animando a su personaje con luz humana y divina al mismo tiempo, mostrándonos cómo fué el hombre Saturio, de Soritia, actual Soria (tierras del rey Sorya, sobre el Duero), y cómo fué el místico, el iluminado, el predicador, el santo anacoreta que la iglesia ha canonizado en siglos posteriores. Escaso es lo que se conoce en nuestros países iberoamericanos acerca de esa época en que las tribus germanas expulsaron a los romanos —ya en decadencia— de la península transpirenaica y en que el cristianismo naciente y primitivo se expandía por Europa en medio de duras asechanzas externas e internas querellas. José Sanz y Díaz, tras exhaustivas búsquedas de bibliotecas y peregrinaciones por la región tarraconense, alza una punta del telón y vuelca un chorro de luz sobre aquellas lejanas y oscuras edades de la España a la cual faltaban aún diez siglos para que se echara mundo adelante a descubrir mares y conquistar continentes. Los dos libros que comentamos se complementan admirablemente: José Sanz y Díaz, al cantar a las glorias de su raza, presta al mismo tiempo un señalado servicio a la cultura universal.—JUAN MARÍN.



“GEOGRAFÍA MOJADA”, poemas de *Farid Metuaze*, Ediciones Marsa, 1952

Desde Curanilahue, provincia de Arauco, nos hizo llegar su mensaje de poesía el autor de *Geografía mojada*. Canta Farid Metuaze las cosas entre las que vive, lo que ve crecer cada día, el agua y la lluvia que no cesan, el minero y el carbón.

Fiel a su región y enamorado de ella, dice en un epígrafe inicial: “Provincia, no quiero que algún día pienses que me diste vida y no canté tu arquitectura de lluvia, tristeza y rebeldía”. Este nos da, al abrir el libro, idea de toda la obra, que bien pudiera llamarse *Poemario de Arauco*.

Los veinticuatro poemas que forman *Geografía mojada*, están

divididos en tres partes, que llevan los títulos "Pueblos", "Minerales" y "Trazos de carbón y sangre".

Metuaze logra acertadas visiones poéticas de las regiones en que vive. En la primera sección de su poemario canta a Arauco, Carampangue, Curanilahue, Lebu —tierra de otro poeta: Gonzalo Rojas—, Contulmo, etc., eufónicos nombres de regiones y pueblos araucanos. De Carampangue escribe:

*Cabes en el rumor de la arcilla y del hombre,
en la lluvia que trae melancólicos llantos
y en la flauta gastada del pueblo solitario (p. 12).*

O sea, consigue, en misión de sencillez, expresar un mundo de sugerencias con la mención de escasos elementos, claves en la significación poética: *melancólicos llantos* — *flauta gastada* que conciben con la sensación perseguida de un "pueblo solitario".

El libro que comentamos se orienta hacia el tono menor. Obedece, como en el poema *Lanalhue*, a un intento de identificación entre la inmovilidad de accidentes poéticos y reales, y la visión que se desea dar del lugar, que es como "alma del indio que bucea en [s]sus olas". Nótese el empleo de palabras o imágenes definidoras para lo que el poeta desea expresar: comienza el poema con una sensación de inmensidad que confiere la mención de *anchos paisajes*, sensación que poco a poco se va cargando de nuevas significaciones: *desnuda de artificios* — *grises viajeros del espacio* — *cisne de misterio* — *cosas invisibles* — *vilas muertas* — *pretéritas sombras* = *Lanalhue* = alma del indio. Queremos decir con este desenrañamiento de los materiales poéticos que el poeta logra una perfecta ecuación de significados. Ello demuestra, pues, la hondura de esta nueva voz poética que, sin caminar sólo con aciertos, sabe lo que expresa y es sincera en su mensaje.

La segunda sección del libro nos ofrece tres poemas destinados a cantar los minerales. *Plegarias*, abandonado, hace exclamar al

autor: "¡Qué desierta te ves, playa sumida / en olas de carbón y desmemoria!", o bien, la actividad de ayer, es para su pupila:

*Abeja muerta. Río detenido
en la madura flor de tus orillas.
Y en la raíz amarga del olvido,
sobre el ala fugaz de tus semillas (p. 25).*

Los dos poemas restantes llevan por título: *Colico Sur* y *Pilpilco*.

En "Trazos de carbón y sangre", Farid Metuaze canta los elementos de tragedia, la soledad, el carbón, la pascua araucanos. Por ejemplo, en el poema *Gas grisú*, el poeta se refiere en este tono al temible enemigo del minero:

*Métano de tinieblas.
Arpón sádico, amorfo,
diente de llama y aire de vuelo destructor.*

En nuestro juicio es un acierto, sobre todo, el último verso, cuyos dos elementos se completan en función significativa para que resulte clarísima la intención. *Diente de llama* (diente=destrucción), es decir, llama destructora, es una expresión semejante a *aire de vuelo destructor* y, por lo tanto, viene a reforzarla.

Además de los poemas *Lámpara de minero*, *Amor de niña minera*, *Pascua minera* —nótese la sincera persistencia temática—, sobresalen *Dos elegías a Baldomero Lillo*, el gran cantor en prosa de los que horadan la tierra, en *Sub Sole*:

*De las lianas de piedra,
de la hiel del carbón,
¡oh lamparero desaparecido!
surge tu voz de filo sepulcral (p. 40).*

La primera elegía concluye con esta invocación a Lillo:

*Escribe desde el foso,
donde la hiena de la muerte alza
la rotonda de tu eco.
¡Ob lamparero desaparecido!
¡Barretero de sombras! (p. 41).*

La impresión general que deja la lectura de *Geografía mojada*, aparte la sinceridad con que canta al heroico trabajador del carbón, es la de que su autor se inicia en la poesía —atrás ya las vacilaciones primeras— con un afán de seriedad y honradez apreciables. Por cierto que está distante de la perfección y distante de independizarse por completo de ecos ajenos que aquí y allá, a veces, se perciben.

Algo que puede rипiar esta poesía de tan púras y humanas intenciones se debe, con seguridad, a un residuo de lecturas nerudianas, y es el frecuentísimo uso —casi abuso— participial. Probemos con estadística: *Arauco* (p. 11), siete participios; *Lebu* (pp. 14 y 15), cinco; *Lámpara de minero* (p. 36), cinco, etc. Si bien esto puede corresponder a una especial función significativa —caso de la poesía de Neruda— su frecuencia desmedida atenta contra la eufonía poética y se convierte en muletilla peligrosa.—J. L.



“LA SEMILLA ESTÉRIL”, de José Z. Tallet. Publicaciones del ministerio de educación. La Habana, Cuba. 1951, 232 páginas.

Desesperanzada tristeza y áspera rebeldía, tamizadas por un velo de irónico sarcasmo, son los contradictorios sentimientos que percibe el lector en estos versos. Nostalgia apasionada de la belleza, del amor femenino, expresada junto a un humorismo amargo, que se complace en la descripción de las propias flaquezas y en los aspectos sórdidos y rutinarios de la existencia. Poderoso sentimiento de raigambre becqueriana; la emoción de Antonio Machado, con-